



MINED
En Minería en la Comunidad



No 11

Darío y Su Credo Político



DARÍO Y SU CREDO POLÍTICO

Por: Jorge Eduardo Arellano

© 2020

Alcaldía de Managua
La Alcaldía del Poder Ciudadano

Darío y Su Credo Político

Es una producción de la Alcaldía del Poder Ciudadano de Managua, a través de la Dirección General de Desarrollo Humano y su Dirección Específica de Cultura y Patrimonio Histórico.

LA ALCALDÍA DEL PODER CIUDADANO colaborando con el Ministerio de Educación de la República de Nicaragua. Una contribución a la educación de nuestros maestros y educandos. COLECCIÓN RUBÉN DARÍO No. 11, Enero del 2020, JORNADA DARIANA.

Autor:

Jorge Eduardo Arellano.

Arte y diseño:

Octavio Morales S.

CONTENIDO.-

Darío y Su Credo Político.- Pág.5

El volumen Crónica política (1918) Pág.5

Los Textos sociopolíticos (1980)
y otras dos antologías Pág.6

Un muro de contención frente
al Imperio del Norte..... Pág.7

Latinidad Pág.8

Ariel versus Calibán Pág.9

El Sol del Sur y no las Estrellas del Norte Pág.10

Darío Ante Los Estados Unidos.-..... Pág.12

El hombre del Norte: he ahí el peligro Pág.13

El boxeador John L. Sullivan Pág.14

Búfalos de dientes de plata..... Pág.15

Es imposible no admirarles..... Pág.16

Ese pueblo adolescente y colosal... Pág.16

La metrópoli yanqui..... Pág.20

Darío y Su Credo Político

El tramp, la mujer.....	Pág.20
Isadora Duncan.....	Pág.21
Jack Johnson.....	Pág.21
Thanksgiving day.....	Pág.23
Bibliografía.....	Pág.24

DARÍO Y SU CREDO POLÍTICO.-

JORGE EDUARDO ARELLANO.

En conmemoración de su 50 aniversario, el Banco Central de Nicaragua editó el volumen *Escritos políticos* de Rubén Darío: una colección de textos dispersos que ilustran su pensamiento político, aspecto básico del bardo.

El volumen *Crónica política* (1918)

A raíz de su fallecimiento, en la primera tentativa de sus obras completas, uno de los editores, el argentino Alberto Ghirardo (1874-1946), logró deslindar en un pequeño volumen, titulado *Crónica política*, dicho aspecto. Su propósito era presentar “una faz del talento múltiple de Darío, completamente desconocida para los lectores de España y la mayor parte de América”, no sin puntualizar el espíritu combativo de su juventud inspirado en Víctor Hugo (1802-1885), de quien asimiló ideas y sentimientos de índole social.

Ghirardo señalaba algunas piezas concretas, por ejemplo el panfleto denunciatorio “Historia negra” (1890), característico “de un momento especialísimo que atravesaron algunas democracias semibárbaras de nuestra América”. Además, destacó el liberalismo de su autor, su amor a la independencia y a la libertad, su campaña en pro de la unión centroamericana y en contra “de soldadotes brutales y sanguinarios, conculcadores de derechos ciudadanos, atropelladores de honras cívicas y forajidos legales de todo linaje”. En fin, su labor como prosista de combate.

Tal selección, por tanto, constituye el más remoto antecedente de la revaloración del intelectual progresista que fue en su época (1867-1916) el máximo héroe civil de Nicaragua. En efecto, consta de 31 piezas ordenadas temáticamente en nueve rubros (Unidad centroamericana, Historia negra, La opinión europea, Biografía, Política internacional, Literatura política, Ecos de Chile, Temas de escándalo y Varia).

Tuvieron que transcurrir sesenta años para que se retomara a Darío como intelectual progresista. Esta auténtica dimensión suya fue prácticamente sepultada en el olvido no sólo por el subdesarrollo cultural del país, sino por la imagen del inspirado bohemio improvisador y alcoholizado creada por la mitología popular y el proceso de iconización asumida por los gobiernos libero-conservadores desde su muerte hasta 1979. No sin prescindir del reduccionismo torremarfilista que cierta crítica académica, a nivel de lengua española, aplicó a su obra.

Los Textos sociopolíticos (1980) y otras dos antologías

Conscientes de esa realidad, Francisco Valle, director de la Biblioteca Nacional, y el suscrito, como director del Archivo General de la Nación, editamos en Managua (enero de 1980) un libro similar, *Textos sociopolíticos*, en conmemoración del 113 aniversario del natalicio del errante cantor de Metapa. Quince trabajos compila ese volumen, reeditado cuatro años más tarde por la embajada de Nicaragua en República Dominicana. “Con estos textos —escribía Valle— nos adentramos en el conocimiento de un Darío, hasta ahora soslayado, que criticó todas las injusticias de su tiempo”.

Mientras tanto, Julio Valle-Castillo agregó nueve piezas en una nueva edición con el título modificado: *Prosas políticas*. Así conformaron “un conjunto de veinticuatro artículos, ensayos y páginas de ficción, revelador del interés, de la preocupación política y de la información de primera mano que sobre el acontecer mundial poesía nuestro poeta, al igual que la dignidad y el patriotismo que supo tener ante algunas

coyunturas, sobre todo cuando se trató de Nicaragua y de la intervención norteamericana” —anotó en el prólogo Valle-Castillo.

Simultáneamente, el suscrito había estructurado un manual con sesenta y tres fragmentos de Darío: *Tantos vigores dispersos*. Desde luego, el volumen —cuyo título procedía de un verso de la famosa “Salutación del optimista”— perfilaba “un Darío sensible a la injusticia, capaz de advertir y denunciar la explotación y los vicios sociales. Un hombre de ideas, atento a los problemas de la sociedad industrial de Europa, abierto a los precursores del pensamiento social moderno, indignado por los atropellos imperialistas”.

Un muro de contención frente al Imperio del Norte

Comentando la primera edición de *Textos socio-políticos*, el suscrito también señalaba que Darío se hizo eco de la resonancia del movimiento anarco-colectivista en Europa y registró la ira contra el capitalismo en Francia, la buena nueva del socialismo en Alemania y la inminente revolución rusa. Al mismo tiempo, criticó la época victoriana de Inglaterra, *país de rapiña* según Darío, quien señaló: “el imperialismo pide sangre y oro”. En Roma le repugnaba la venta de cirios y medallas (“un cambalache sagrado” llamó a ese comercio), en Berlín sentía la influencia del cuartel y en Madrid se compadecía de sus innumerables mendigos.

En ese ensayo, igualmente, indicaba que Darío, desde sus años formativos, se refirió a la intrusión del expansionismo filibustero en Nicaragua de 1855 a 1857 al reseñar la traducción del libro de William Walker (1824-1860), emprendida por el escritor italo-nicaragüense Fabio Carnevalini (1829-1896). En ella, el joven de diecisiete años comentó: “La publicación de que tratamos, al ser leída, difundirá mucha luz en todos los que ansían conocer aquel período de nuestra historia patria, en que Walker y sus prosélitos amenazaron de un modo violento destruir o transformar *nuestra modo de ser* en la escala de las naciones”.

Poco después, en otra publicación periódica —esta vez chilena— deslindó en el continente dos Américas, a las que atribuía filiaciones étnicas: la suya correspondía a *la raza latina*; la otra a la anglosajona. Lo hizo en una crónica sobre deportes en que aludía al célebre empresario estadounidense Taylor Barnum (1810-1891) —“ese rey de los espectáculos que tiene su trono en Londres y Nueva York”—, concluyendo: “¡Dios santo! Vamos quedando con *nuestro modo de ser* amenazados por la raza férrea anglosajona, al menos en América, raza que ha hecho de sus puños martillos, que habla una lengua bárbara también, ruda, erizada y casi eléctrica”.

Latinidad

Nuestro modo de ser: he aquí, de nuevo, la frase identitaria que desde entonces Darío ligaba a la latinidad en otra denominación de esos años: “América Latina”. Realmente, si no su creación, el concepto lo difundió en Francia Michael Chevalier en sus *Letras sur l’Amerique de Nord* (París, 1836). Y el escritor centroamericano llegaría a ser uno de los constructores de esa identidad latina, es decir, del *nosotros* latinoamericano. Tanto que en uno de sus ensayos medulares planteó que el ABC sudamericano (Argentina, Brasil, Chile) debían conformar, en el futuro, un muro de contención frente a la expansión del imperio del Norte, especificando que “si esos tres país sudamericanos abandonasen sus rivalidades y querellas políticas y se consagrasen en cultivar las riquezas maravillosas de su suelo, se podría ver, en un cuarto de siglo, o en siglo y medio, constituirse esa región en naciones potentes, capaces de contrapesar a la América anglosajona, y de hacer en lo adelante en vano el empeño de hegemonía panamericana acariciado por los Estados Unidos”.

Ariel versus Calibán

Es en sus crónicas, más que en sus creaciones, donde Darío volcó su ideario político y preocupación por el destino de América Latina, excepto en dos poemas famosos: la oda “A Roosevelt” (1904) y “Salutación al Águila” (1906). No en vano prosiguen la tradición de formas discursivas —remontadas a Bolívar y demás próceres independentistas y civilizadores— que implican un sujeto capaz de asumir su propia subjetividad, o mejor: su realidad social no ajena a las exigencias de un cambio histórico. Y este cambio lo ligó, como nicaragüense, al proyecto y ejecución del gobierno liberal de J. Santos Zelaya (1893-1909) que, sustentado en la caficultora —con la cual Nicaragua había ingresado al comercio mundial—, se expresaba en una ideología progresista.

Por otro lado, como latinoamericano, postuló desde 1893 una dicotomía simbólica, primero cultural y luego política, de Calibán (los Estados Unidos) y Ariel (la América Latina). De ese binomio dicotómico ya se ha escrito mucho en varios estudios. Sin embargo, es oportuno recordar que Darío utilizó los símbolos de Calibán-Ariel en 1893, en su ensayo sobre Edgard Allan Poe (“un Ariel entre calibanes”), nueve años antes de su más acabada caracterización por José Enrique Rodó en su libro *Ariel* (1900). Pero fue en 1898, cuando interpretó el sentimiento de toda Latinoamérica en “El triunfo de Calibán”, caracterizando a Estados Unidos como “imperio de la materia”; “país de vida práctica y material, país del cálculo”, cuyo ideal está circunscrito “a la bolsa y a la fábrica”, al “culto del dólar”; país que busca “no solamente influencia, sino también dominación”, lo que en la práctica ha demostrado: “¡Soberbios cultivadores de la fuerza!”, empeñados en “rehacer el mundo, a su imagen y semejanza”, “aborrecedores de la sangre latina” y “enemigos de toda idealidad”. Por el contrario, para él América Latina encarnaba la idealidad, y con ella, el anhelo de perfectibilidad humana y de orden de vida.

Pero nada mejor que el testimonio del propio Darío —su contestación a una encuesta sobre el porvenir de los países de *nuestra América* que le enviaron en 1902— para tener una idea clara de su credo

hispanoamericanista, o más concretamente, latinoamericano. Porque —sostenía— “Panamericanismo es una palabra inventada por los norteamericanos para inundar con sus productos los mercados del nuevo continente”, mientras él proponía “un hispanoamericanismo: la unión comercial, el arbitraje y la solidaridad moral de las repúblicas de lengua española”. Y agregaba: “La doctrina de [James] Monroe ha inflado la vanidad y aumentado la insolencia de ciertos gobiernos en sus relaciones con las potencias europeas. A la doctrina de Monroe *América para los americanos*, ha contestado un representante argentino [Roque Sáenz Peña] en el Congreso Panamericano de Washington, con esta otra divisa: *América para la humanidad*.”

El mismo año de 1902, Darío resumió un artículo interesante que el economista francés Achille Viallate había publicado en la *Reveu de Paris*, y que trataba “de las relaciones de la norteamericana con sus hermanas menores del Sur, y de las varias tentativas hechas para extender su influencia yanqui por todo el continente”. El latinoamericano registró ese análisis de las relaciones internacionales, desde Henry Clay hasta Teodoro Roosevelt, subrayando el carácter errático y oportunista de las intervenciones estadounidenses en la América española, los esfuerzos por parte de los Estados Unidos por mantener los Estados latinoamericanos divididos y pequeños y las dificultades que los políticos norteamericanos encontraron en sus anhelos de dominación, disfrazados bajo la demagogia panamericanista.

El Sol del Sur y no las Estrellas del Norte

Tal fue el credo político de Darío, quien dejaría este mundo a sus 49 años, desilusionado al constatar el resquebrajamiento del Estado nacional de su pequeña patria —a la que había representado como cónsul en París y ministro residente en España, y enviado especial en la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro en 1906— por la dominación extranjera, dejando testimonio de esa dominación entre 1910 y 1912. Los textos son numerosos, pero me limito a citar una carta a Manuel Ugarte (1874-1951), escritor argentino que propugnó

Darío y Su Credo Político

toda su vida por la unidad latinoamericana. Esta pieza epistolar data de septiembre, 1910, a un mes de la derrota —en gran parte debida a la intervención estadounidense— del proyecto liberal de la nación que defendía en su patria natal. Así manifestó: *Dado que Nicaragua será una dependencia norteamericana, yo no tengo la voluntad de ser yankee, y como la República Argentina ha sido para mí la Patria intelectual, y como, cuando publiqué mi Canto a la Argentina, la prensa de ese amado país pidió para mí la ciudadanía argentina, quiero, puedo y debo ser argentino.* Y proseguía Darío, frustrado pero decidido: *Usted sabe lo que yo he amado al Río de La Plata y yo sé que allí todo el mundo aprobaría mi preferencia por el Sol del Sur a las Estrellas del Norte.* O sea, el sol de la bandera argentina.

En síntesis, Darío tuvo varias patrias (“mi patria original”), Chile (“segunda patria mía”), Argentina (“mi patria espiritual”), España (“la Patria madre”), Francia (“la Patria Universal”) y, en función de su ideario artístico, “nuestra patria la Belleza”. Mas la columna vertebral de su credo político fue la latinidad. Tal es la imagen vinculada al mundo real que le tocó vivir e interpretar entre 1887 y 1914, lapso en que se ubica la publicación de las piezas aquí seleccionadas y anotadas rigurosamente por Pablo Kraudy Medina y el suscrito en la obra *Escritos políticos*, editada en 2010 por el Banco Central de Nicaragua.



RUBÉN DARÍO EN
PARÍS, 1913.



RUBÉN DARÍO EN
MADRID, 1892.



EDUARDO SCHIAFFINO,
“CABEZA DE RUBÉN DARÍO”
(1896)

DARÍO ANTE LOS ESTADOS UNIDOS.-

JORGE EDUARDO ARELLANO

HE AQUÍ un aspecto significativo que debe interesar a todo nicaragüense culto: la perspectiva intelectual ante los Estados Unidos de ese *paisano inevitable* y gran desconocido —pues la mayoría de sus obras se ignoran— que es nuestro Rubén.

Porque él no solo fue poeta, sino periodista vital y vitalicio, crítico de arte y literario, cuentista y autor de novelas, prosemas, ensayos, semblanzas, manifiestos, traducciones del francés al español, páginas autobiográficas y, especialmente, crónicas. Fue a través de las últimas que proyectó su arraigado cosmopolitismo, resultando un testigo e intérprete lúcido de su tiempo. Y es a través de ellas, de las que escribí sobre los Estados Unidos, que sintetizaré la visión que tuvo Darío de la magna potencia anglosajona desde su perspectiva latinoamericanista.

No más de cinco meses vivió Darío en la colosal nación, mejor dicho en Nueva York (entre mayo y junio, 1893; primera semana de 1907, abril de 1908 y del 12 de noviembre de 1914 al 10 de abril de 1915). Pero este *portentoso* país, como lo calificara en su penúltima entrevista —concedida por el bardo en la misma Nueva York el 5 de abril de 1915—, era ajeno a su formación identitaria.

El hombre del Norte: he ahí el peligro

Esta se sustentaba en su patria original (Nicaragua), víctima entre 1855 y 1857 de la intrusión del filibusterismo esclavista; en su “segunda patria” (Chile), en su “patria intelectual” (Argentina), en su “patria madre” (España) y en su “patria universal” (Francia); más aún: en la identidad latina, enfrentada al mundo anglosajón. Para entonces, Estados Unidos se empeñaba por imponer su hegemonía panamericana y luego su expansión imperial. De manera que el 15 de marzo de 1892, en *El Herald* de Costa Rica, Darío publicó el primero de una larga serie de antinorteamericanos textos en prosa.

Titulado “Por el lado del Norte”, aludía en él a Phineas Taylor Barnum (1810-1891), famoso animador, presentador y empresario de circo estadounidense; a John Greenleaf Whittier (1807-1892), poeta que había defendido la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos; y a James Blaine (1830-1893), secretario de Estado y promotor del panamericanismo desde 1889. Señalando el peligro que representaba “el hombre del Norte”, Darío declaraba vehementemente en su primer párrafo:

Por el lado del Norte está el peligro. Por el lado del Norte es por donde anida el águila hostil. Desconfiemos, hermanos de América, desconfiemos de esos hombres de ojos azules que no nos hablan sino cuando tienen la trampa puesta. El país monstruoso y babilónico no nos quiere bien. Si es que un día, en fiestas y pompas, nos panamericaniza y nos banquetea, ello tiene por causa un estupendo *humbug*. El tío Samuel es el padre legítimo de Barnum. ‘*América para los americanos*’ no reza con nosotros. América para el hombre de la larga pera, del chaleco estrellado y de los pantalones a rayas. Si Whittier canta el amor mutuo en el mundo nuevo, Blaine entre tanto, dora los anzuelos. Mas las dos razas jamás confraternizarán. Ellos, los hijos de los puritanos, los retoños del grande árbol británico, nos desdeñan [...] La raza latina para ellos es absolutamente nula. Musculosos, pesados, férreos, con sus rostros purpúreos, hacen vibrar sobre nuestras cabezas su *slang* ladrante y duro... (Darío, 2000: 209).

Al año siguiente —mayo/junio de 1893— sustentado en fuentes francesas, Darío identificó a los Estados Unidos con Calibán (el imperio de la materia) y a la América Latina con Ariel (la idealidad). Por eso consideró a Edgar Allan Poe “un Ariel entre calibanes” en uno de los siete textos de su “Polilogía yanqui”, difundidos en *La Habana Elegante* el 6 de agosto de 1893 y en donde traza su primera visión de Nueva York, incorporada —aunque no completa— a *Los Raros* (1896).

El boxeador John L. Sullivan

Otro de ellos, titulado “Champions”, versaba sobre el “robusto y colorado ciudadano de los Estados Unidos, de nombre Sullivan”, cuyas “ásperas manazas” (no se usaban guantes) rompían “una clavícula o una costilla”. John L. Sullivan, “genio del box”, se había ganado la fama y los dólares a puñetazos. Pero acababa de perder frente al norteamericano Morgan. Ambos eran, para Darío, productos norteamericanos “del mismo modo que [la actriz de teatro] Sarah Bernhardt es un producto francés”. Y agregaba:

No se crea que todos los boxeadores sean hombres burdos e incultos. Los hay que poseen alguna cultura y que, al comenzar sus luchas, intentan hermosos gestos gímnicos, posturas estatuarias y heroicas. Sullivan es un precioso ejemplar de estos magníficos animales. Millones de veces han pronunciado su nombre con íntima y orgullosa admiración, y le han dedicado sus frenéticos y aullantes hurras... (Darío, 1893).

Búfalos de dientes de plata

Dos años más tarde reconocía que nuestra América no concretaba aún una expresión propia de su alma colectiva: *Somos más viejos que el yankee; pero nuestro Emerson no se ve por ninguna parte; y lo que es nuestro Poe o nuestro Whitman...* (“Almafuerte”, *La Nación*, 3 de marzo, 1895). Sin embargo, en 1898 —a raíz de la aplastante derrota de España por los Estados Unidos— profundizaría su posición anticalibánica, remarcando su latinidad: *No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los Bárbaros...* (“El triunfo de Calibán”, *El Tiempo*, 20 de mayo, 1898). Y añadía:

El ideal de esos Calibanes está circunscrito a la bolsa y a la fábrica. Comen, comen, calculan, beben *whisky* y hacen millones. Cantan *home, sweet home* y su hogar es una cuenta corriente, un *banjo*, un negro y una pipa. Enemigos de toda idealidad, son en su progreso apopléxico, perpetuos espejos de aumento; pero Sir Everson bien calificado esta como luna de Carlyle; su Whitman con sus versículos a hacha, es un profeta demócrata, al uso del Tío Sam; y su Poe, su gran Poe, pobre cisne borracho de pena y de alcohol, fue el mártir de su sueño en un país donde jamás será comprendido. En cuanto a Lanier, se salva por ser un poeta para pastores protestantes y para bucaneros y *cowboys*, por la gota de sangre latina que brilla en su nombre [...]

Tienen templos para todos los dioses y no creen en ninguno; sus grandes hombres, como no ser Edison, se llaman Lynch, Monroe, y ese Grant cuya figura podéis confrontar en Hugo, en el *Año terrible*. En el arte, en la ciencia, todo lo imitan y lo contrahacen, los estupendos gorilas colorados. Mas todas las rachas de los siglos no podrán pulir la enorme Bestia.

No, no puedo estar de parte de ellos, no puedo estar por el triunfo de Calibán.

Es imposible no admirarles

Pese a esta toma de conciencia, mientras admiraba la Exposición Universal en agosto de 1900 en París, tuvo que admitir: *No, no están desposeídos esos hombres fuertes del Norte del don artístico. Tienen también el pensamiento y el ensueño. Los hispanoamericanos todavía no podemos enseñar al mundo en nuestro cielo mental constelaciones en que brillen los Poe, Whitman y Emerson. Allá donde la mayoría se dedica al culto del dólar, se desarrolla, ante el imperio plutocrático, una minoría intelectual de innegable excelencia... Entre esos millones de Calibanes nacen los más maravillosos Arieles [...] No son simpáticos como nación; sus enormes ciudades de cíclopes abruman, no es fácil amarles, pero es imposible no admirarles* (Darío, 1901: 73-74).

Ese pueblo adolescente y colosal...

La descripción del pabellón de los Estados Unidos en la exposición universal de 1900 le ocupó a Darío algunos párrafos citables. Al preguntar en qué consistía la superioridad de los anglosajones, su acompañante norteamericano le respondió que el Congreso de su país había invertido en el megaevento siete millones y medio de francos. “Sobre la cúpula presuntuosa —consigna Darío—, el águila yanki abría sus vastas alas, dorada como una moneda de 20 dólares, protectora como una compañía de seguros. —*Ustedes* —dije a mis amigos—, *que tienen buenos arquitectos y hasta la vanidad de un estilo propio, ¿por qué han elevado un edificio romano en vez de un edificio de Norteamérica?* Y le contestó el gringo:

—No hubiera quedado muy bien una casa de veinte pisos, a no ser que la colonia viniese a vivir en ella. En cuanto a lo romano, nos sienta perfectamente. Nosotros también podemos decir hoy: *Ciris*, etc.

En el pabellón imponen el repetido motivo del Capitolio. En dimensiones, *es el más alto de todos*. Sobre la base arquitectural

triangular, se alza la vasta cúpula, en la que se posa el glorioso pájaro de rapiña. Hay un arco al lado del Sena sobre el cual la Libertad en el carro del Progreso, es llevada por una cuadriga; entre las columnas corintias del arco, el general Washington está montado a caballo.

Entramos. Mister Woodward ha dicho: “En lo interior de ese monumento el americano estará en su casa, con sus amigos, sus diarios, sus guías, sus facilidades escenográficas, sus máquinas de escribir, su oficina de correos, su oficina de cambio, su *bureau* de informes y hasta su agua helada”. Y mister Woodward tenía razón a fe mía.

Al penetrar en el gran *hall*, no encuentro sino compatriotas de Edison que van y vienen, leen periódicos, o consultan guías, o toman agua helada y oficinas por todas partes, en un ambiente de la Quinta Avenida. Allí hay un salón de recepción de la comisaría; más allá una serie de buzones; más allá, telégrafo; más allá un banco.

—¿Quiere usted cambiar algunos *greenbacks* o águilas americanas? Me pregunta mi yanqui. Le contesto con mi modestia latina, que propiamente en ese instante, no tengo intenciones... Y agregó: “Las águilas vuelan tan alto como las odas!...”

A los dos pasos superiores se sube en ascensor *made in United States*.

—Aquí —me dice mi sonrosado compañero, primer premio de rowing— aquí está únicamente nuestra casa, nuestro *home*. Nuestro progreso, nuestras conquistas en agricultura, en ingeniería, en electricidad, en instrucción pública, en artes, en ciencias, en todas las labores y especulaciones humanas, están expuestas en los distintos grupos de la Exposición, como ya lo habréis visto. Venimos con la completa satisfacción de nuestras victorias. Somos un gran pueblo y saludamos al mundo [...]

Ese pueblo adolescente y colosal ha demostrado una vez más su plétora de vitalidad. Como agricultores han ganado los norteamericanos justísimos premios; como maquinistas e industriales han estado en el grupo de primera fila, como cultivadores del cuerpo y de la gallardía humana un Píndaro de ahora merecen sus atletas discóbolos y saltadores; como artistas, ante los latinos que les solemos negar la facultad y el gusto por las artes, han presentado pintores como Sargent y Whistler y unos cuantos escultores de osados pulgares y valientes cinceles. En el Palacio de Bellas Artes se han revelado nombres nuevos, como Platt, como Winlow Horner, como John Lafargue, que aparece en la exposición con sus temas samoanos como el R. L. Stevenson de la pintura [...]

Es tan vasto aquel océano, que en su seno existen islas en que florecen raras flores de las más exquisita flora espiritual. (¿En qué país de Europa se superan publicaciones como el *Chap Book*?) Whistler ha contribuido con su influencia a una de las corrientes en boga del arte francés contemporáneo. En la poesía francesa modernísima dos nombres principales son de norteamericanos: Villié-Griffin y Stuart Merrill. Los yanquis tienen escuela propia en París, como tienen escuela propia en Atenas [...]. Su lengua ha evolucionado rápida y vigorosamente, y los escritores yanquis se parecen menos a los ingleses que los hispanoamericanos a los españoles. Tienen “carácter”, tienen el valor de su energía, y como todo lo basan en un cimiento de oro, consiguen todo lo que desean [...]

Como se ve, Darío no pudo menos que reconocer la asombrosa energía creadora de la civilización norteamericana. Pero él también escribió no pocas páginas sobre la política exterior, conquistadora o imperial, de los Estados Unidos, y sobre su cultura; a la primera criticó y fustigó; a la segunda, siempre valoró. Lamentaba *los triunfos cartagineses y las victorias yanquis* (discurso en el Ateneo de Córdoba, leído el 15 de octubre de 1896). Al mismo tiempo, era consciente del poderío estadounidense, de la norteamericanización del mundo: leyó y glosó en

1902 el libro sobre el tema del británico William Thomas Stead, el cual concluía aludiendo a la International Society of Christian Endeavour, movimiento de la juventud fundado en Portland, Maine, 1881; y, entre otros libros y autores, al *Poor Richards Almanac*, de Benjamín Franklin, cuya sabiduría proverbial circulaba profusamente en Europa e incluso se tradujo en Nicaragua en 1897; al político y economista Henry George (1839-1897), autor del libro famoso *Progress and Poverty* (1879) y al socialista Edward Bellamy (1850-1898) y su novela utópica *Looking Backward* (1888):

¿Cuáles son los medios con que la dominadora América americaniza? Tiene la religión, por medio de innumerables ejércitos de misioneros y asociaciones de todos los cultos e iglesias americanas. Hasta el espiritismo ha sido un útil medio en sus manos. Luego, la obra de Christian Endeavour Movement, se ha extendido en toda la tierra de habla inglesa.

Su influencia en el mundo intelectual y en el periodístico es grande. Desde el almanaque del *Poor Richard* hasta los ensayos de Emerson y la obra sociológica de Henry George. En el siglo pasado ha dado dos poetas de una originalidad y vuelo que se han impuesto al universo: Poe y Whitman. Sus humoristas han contagiado a todas las literaturas de la tierra, a punto de hacer pesado en más de un autor “gai” francés el tradicional y ligero espíritu de la risa gala. Novelistas como Bellamy han logrado fama en un momento.

Sus diarios son los colosos del diarismo mundial, y sus “magazines” son insuperables. En arte tienen un movimiento enorme que comienza a conocer el mundo; y la pintura saluda a Whistler como la escultura a St. Gaudens, entre los grandes maestros. Su ciencia ha conseguido varias victorias. Su teatro ha invadido plenamente a Inglaterra. Su sociedad se ha ennoblecido por alianzas, gracias a su riqueza. Yanquis son la virreina de la India, lady Curzon; como la duquesa de Marlborough, y como muchas tituladas de todas las cortes de Europa. En el mundo del

sport son reyes los yanquis. Y el *Trust* tiene carta de ciudadanía norteamericana. Son los directores actuales de la Fuerza en la Humanidad.

La metrópoli yanqui

También Darío pidió “la constancia, el vigor, el carácter” de los estadounidenses para los latinoamericanos durante la conferencia panamericana de Río de Janeiro, en su “Salutación al águila” (1906). Al año siguiente, viajando a Nicaragua desde Francia, llegó de nuevo a Nueva York. Esta fue la impresión que tuvo entonces de la gran cosmópolis: *Pasé por la metrópoli yanqui en pleno hervor de una crisis financiera. Sentí el huracán de la Bolsa. Vi la omnipotencia del multimillonario y admiré la locura manmónica de la vasta capital del cheque. / Siempre que he pasado por esa tierra he tenido la misma impresión. La precipitación de la vida altera los nervios. Las consternaciones comerciales producen el mismo efecto psíquico que las arquitecturas abrumadoras percibidas por Quincey en sus estados tebaicos. El ambiente de delirio de las grandezas hace daño a la ponderación del espíritu. Siéntese allí algo de primitivo, de supertérreo, de caimitas o de marcianos. Los ascensores express no son para mi temperamento, ni las vastas oleadas de muchedumbres electorales tocando pitos, ni el manetheselfhárlico renglón que al despertarme en la sombra de la noche solía aparecer bajo el teléfono en mi cuarto del Astor: You have mail in the office* (Darío, 1987: 90-91).

El tramp, la mujer

En su momento, Darío se hizo eco del clamor latinoamericano contra la “toma de Panamá” por Teodoro Roosevelt, y más tarde calificó a dicho presidente de *hipopotamicida* y *rinocerótono*; pero elogió al hombre norteamericano, el *hijo fuerte y tenaz del país de hierro* (*El Correo de la Tarde*, 17 de diciembre, 1890), el *progreso y grandeza de la tierra de Washington*. Si por una parte denunció al *tramp* de los Estados

Unidos: *resultado inevitable de un sistema industrial desorganizado y establecido contra todo principio de humanidad* (“Los miserables”, *La Nación*, 7 de julio, 1894), por otra quedó impresionado del inmenso desarrollo de la mujer norteamericana al constatar que en los Estados Unidos

Desde 1870 a la fecha [escribía en 1900], las arquitectas han subido de 1 a 53; las pintoras y escultoras de 412 a 15,340; las escritoras, de 159 a 3,174; las dentistas de 24 a 417; las ingenieras de 0 a 201; las periodistas de 35 a 1,536; las músicas de 5,753 a 47,300; las empleadas públicas de 414 a 6,712; las médicas y cirujanas, de 527 a 6,882; *las contables*, de 0 a 43,071; las copistas —a mano y a máquina— y secretarias, de 8,016 a 92,834; las taquígrafas y tipógrafas de 7 a 58,633. Y esto sin contar las actrices, que de 609 han llegado a 2,862, las *clergy-ladies*, de 67 a 1,522 y las directoras de teatro, de 100 a 943. (Darío, 1901: 383).

Isadora Duncan

Dentro de ese desarrollo brillaba la bailarina Isadora Duncan, a quien Darío admiró en verso y prosa, tras contemplarla extasiado, asegurando: *Natural es que sea una norteamericana la que realice el prodigio, porque sí hay un país donde el cultivo del cuerpo y de la eurtmia humana hace modernos los días pindáricos, ese país, es el gran país de los Estados Unidos* (Darío, 1990: 258).

Jack Johnson

El nicaragüense universal condenó la antidiplomacia de Philander Chase Knox en 1909, refutó las declaraciones de Howard Taft en 1911 contra el expresidente José Santos Zelaya y cuestionó la intervención militar a Nicaragua en 1912 (Darío, 2011: 281-287, 108, 120, 121 y 125). Pero, asimismo, comentó positivamente las invenciones de *la*

Darío y Su Credo Político

patria del cocktail. Entre otras, los campeonatos mundiales de boxeo (sus protagonistas, como John L. Sullivan y Jack Johnson, le fueron familiares) y el *cake-walk*, *danzón loco de africano origen*, cuya boga —creían algunos— era *una manifestación de simpatía, una lisonja* al primer Roosevelt, *al amigo de Booker Washington, al defensor de los morenos norteamericanos... Todo puede ser* (*La Nación*, 19 de mayo, 1903).

En cuanto al negro Johnson (1878-1946), le inspiró una breve crónica de su pelea —en la que defendía el título mundial— contra el blanco James J. Jeffries, escenificada en Reno, Nevada, el 4 de julio de 1912 e inserta en su libro *Todo al vuelo*, publicado el mismo año. Johnson ganó por K.O. en el décimo quinto asalto. Antes y después de la pelea se desataron disturbios entre negros y blancos, en varios estados de los Estados Unidos, con miles de víctimas. El público —el racismo estaba en su esplendor— castigó duramente al ganador, uno de los 20 mejores boxeadores de todos los tiempos, defendido por Darío en su crónica titulada “Blanco y negro” (Darío, 1912: 48-49). Johnson obtuvo su título mundial el 26 de diciembre de 1908 ante el blanco Burns y lo perdió en La Habana el 5 de abril de 1915.

En diciembre de 1914, radicado temporalmente en Nueva York, el poeta incorporó los rascacielos, *la servidumbre de color, la Miseria* y a quienes morían de fiebre y de dolor —entre otras imágenes— a su poema “La gran cosmópolis”, constatando que *el yanqui ama sus hierros, / sus caballos y perros, / y su yacht y su foot-ball*.

Thanksgiving day

Pero la observación más importante de Darío sobre los Estados Unidos la emitió el 4 de febrero de 1915, minutos antes de leer su poema “Pax” en la Universidad de Columbia, Nueva York: *Este inmenso país, a pesar de sus vastas conquistas prácticas y de su constante lucha material, es el único en el mundo que tiene un Thanksgiving Day...* Por fin, en la última entrevista —realizada en la capital de Guatemala y difundida el 22 de abril de 1915— puntualizó: *Lamentablemente se equivocan quienes piensan que los yanquis no son hombres de altos pensamientos. Saben de todo. Amasan millones de dólares, escriben libros, construyen ferrocarriles, hacen poemas y lanzan nuevas doctrinas científicas que el mundo respeta y acepta* (Anónimo, 1915).

En resumen: la visión rubendariana sobre los Estados Unidos se manifestó en dos direcciones. Una orientada hacia a la crítica del expansionismo y de la política exterior de la superpoderosa nación; la otra hacia el reconocimiento de sus expresiones culturales. Ambas en todo caso, implicaban un común denominador: la admiración a la que Darío denominó *la fuerza yanqui*. Por eso en su memorable oda “A Roosevelt”, a la par de su rechazo al expansionismo imperial, no pudo dejar de afirmar: *Los Estados Unidos son potentes y grandes. / Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor / que pasa por las vértebras enormes de los Andes.*

Bibliografía

ANÓNIMO (1915): “Las entrevistas del día. Hablando con Rubén Darío”. *Diario de Centro-América*, Guatemala, 22 de abril.

_____ (1996): “Progreso centroamericano. El canal de Nicaragua”. *El Correo de la Tarde*, 17 de diciembre, 1890; en *Rubén Darío y El Correo de la Tarde: 1890-1891*. Edición e introducción de Frances Jaeger y Francisco Solares-Larrave, con la colaboración de Evelyn Urham Irving. Prólogo de Iván Schulman. Valencia, Instituto de Estudios Modernistas, p. 180.

ARELLANO, Jorge Eduardo (2014): “Rubén Darío y los Estados Unidos”. *El Nuevo Diario*. 21 de diciembre.

DARÍO, Rubén (1892 / 2000): “Por el lado del Norte”. *El Heraldo de Costa Rica*, San José, C.R., 15 de marzo, 1892; rescatado por Günther Schmigalle en Rubén Darío: “*La pluma es arma hermosa*. Rubén Darío en Costa Rica. Contextos”. *Lengua*, núm. 23, diciembre, 2000, pp. 209-211.

_____ (1893): “Champions”, en “Polilogía yanki”. *La Habana Elegante*, 6 de agosto.

_____ (1895): “Almafuerte”. *La Nación*, Buenos Aires, 3 de marzo.

_____ (1970): “Discurso en el Ateneo de Córdoba”. *La Nación*, Buenos Aires, 15 de octubre, 1896; compilado en Roberto Ibáñez: *Páginas desconocidas de Rubén Darío*. Montevideo, Biblioteca de Marcha, pp. 109-111.

_____ (1898): “El triunfo de Calibán”. *El Tiempo*, Buenos Aires, 20 de mayo.

_____ (1901): “La exposición. Los anglosajones”, en *Peregrinaciones*. Prólogo de Justo Sierra. París, Librería de Ch. Bouret, pp. 62-81.

Darío y Su Credo Político

_____ (1903 / 2006): “El cake-walk”. *La Nación*, Buenos Aires, 19 de mayo, 1903; rescatado en Rubén Darío: *Crónicas desconocidas*. 1901-1906. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua; Berlin, Editio tranvía / Verlag Walter Frey, 2006, pp. 217-232.

_____ (1903 / 1990): “Miss Isadora Duncan”, en *La Nación*, Suplemento Semanal Ilustrado, 13 de agosto, 1903; en *Opiniones*. [Prólogo y edición de Fidel Coloma]. Managua, Nueva Nicaragua, 1990, pp. 255-268.

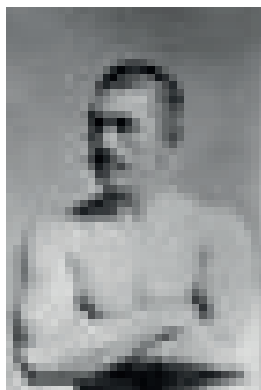
_____ (1912): “Blanco y negro”, en *Todo al vuelo*. Madrid, Renacimiento, 1912, pp. 48-49.

_____ (1987): *El viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical*. Edición de Fidel Coloma con la colaboración de Pablo Kraudy. Managua, Editorial Nueva Nicaragua.

_____ (2011): *La república de Panamá y otras crónicas desconocidas*. Selección, estudio y notas de Jorge Eduardo Arellano. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua. 406 p. il.



*JORGE EDUARDO
ARELLANO EN MIAMI.*



JOHN L. SULLIVAN.



JACK JOHNSON.



*DARÍO EN NUEVA YORK
(FEBRERO, 1915).*

2020
PATRIA!
PAZI
PVRVENIR!